

PROGRAMA DE FORMACIÓN MAGIS III
FASE 3 - ESPIRITUALIDAD LAICAL



FRAGILIDAD Y
CONVICCIÓN EN EL
CAMINO
DE MI CONCIENCIA
LAICAL

TRABAJO FINAL
POR: FLOR ALICIA MONCALEANO S.
FEBRERO DE 2010

Podría considerarse que me encuentro en la etapa de la vida en que la mayoría de las perturbaciones asociadas a la fluctuación y la puerilidad de los tiempos de juventud se han acallado, en que tenemos el privilegio de no rendir cuentas de nuestros actos a otros, con el espíritu robustecido y la razón radicada, y que en un camino como éste la sensación más victoriosa se circunscribe a la impasibilidad y al temple de ánimo que ha ganado la partida a la inquietud y el conflicto. No obstante, aunque me precie de la serenidad y el valor conquistados a partir de férreas decisiones establecidas y contrastadas con la propia experiencia, he de decir que en las décadas más recientes el tiempo para mí se ha dilatado, porque a cada episodio de la trama de mi vida que se cristaliza el corazón apasionado vuelve a experimentar hondas batallas, aciertos y contradicciones, esfuerzos fallidos y aprendizajes donde las luces y las sombras emergen sin esperarlas, donde las lágrimas se asoman, de alegría y de dolor, donde el cuerpo se dobla del cansancio por la ocupación o el agotamiento, y donde el sinsentido de los acontecimientos me invita interiormente a reencontrarme en mi propia vida y desde los ojos de otros, desde el amor de Dios.

Poco a poco he dejado atrás la obligatoriedad propia de mis prácticas religiosas de infancia, anclada en la religiosidad popular y la sacramentalidad rigurosa, inscrita en la Iglesia desde los asuntos puntuales y la obediencia que leían la institución y la autoridad en una misma premisa: las vocaciones y caminos de seguimiento al Señor del Papa, los obispos, los religiosos y religiosas; aquellos cuyo criterio designa y decide en nombre de todos, mientras los feligreses cumplen lo estipulado sin cuestionar. Una experiencia de formación en la fe poco atractiva, nada motivante, obligante en sus dinámicas y en su disciplina, excluyente, y por qué no decirlo, castrante de la experiencia de un Dios vivo en los primeros años de vida, conoció por primera vez la inquietud vital y el furor por constituir la vida desde la convicción y la reflexión.

Las situaciones límite que enfrenté en mi juventud abrieron paso al sentimiento de perplejidad, en tanto me vi avocada a convivir con la enfermedad y la contingencia, y en el ejercicio de despertamiento ante la realidad, en su amplitud y diversidad, padecí también mi propia dualidad. El cuestionamiento por lo divino, la apatía por la religión y el instrumento de lo religioso, el debate frente a los privilegios materiales, los intereses personales puestos por encima del bien común, eran en general los sentimientos y actitudes que reinaban y se evidenciaban. Pero al mismo tiempo la contienda se entablaba, desde allí, frente al reconocimiento y aceptación, casi que en secreto, de la grandeza de Dios ante la fragilidad del cuerpo menguado por el quebranto de salud y el acecho por la muerte.

Un tiempo de madurez, no sólo en edad sino también en experiencias, testimonios y formación que fueron dando sentido a la vida, que se fue renovando mientras reformaba todos aquellos imaginarios que la historia fue comprendiendo, para permitirme aprender a leer y degustar abiertamente la propia experiencia espiritual, me brindó en medio de todas las tensiones acontecidas en mi cotidianidad, en procesos de crecimiento, de encuentros y desencuentros, que aún vivo, de maravillosas bendiciones que no en todos los casos he conseguido recibir con disponibilidad y humildad de parte de Dios, la oportunidad de ir configurando en mí la propia identidad eclesial y evangélica del ser cristiano, que vibra en el interior de mis decisiones, de las condiciones de contingencia experimentadas, y de la pasión por aprender de todas estas configuraciones.

Entiendo que mi experiencia de Dios es única e irrepetible, y que de modo más abismal a como me separa de otros el carácter indescifrable de las sensaciones que he narrado antes, en la vorágine de mi vida -que sólo pueden ser compartidas desde la intimidad de la experiencia cifrada en la búsqueda, en la empatía del corazón, pero quizás jamás en la habitual indiferencia y el común

egoísmo al que solemos llamar sociedad, que poco honesta y respetuosa suele ser ante la fragilidad-, un silencio manifiesto me pone en situación para encontrar una clave solemne y profunda para reconocerle sin antes sumergirme en la necesidad de redimir mi relación con el hermano y con la realidad entera. Es decir, su incomunicabilidad es contundente, si apelamos a cualquier mecanismo externo que no se halle respaldado por el vaciamiento de sí para abrirnos al movimiento interior que funda la autonomía específica del espíritu en nosotros; fuente de vida que reviste una comprensión de la autonomía irreductible a las categorías de la política que conocemos, porque su alimento intrínseco no se produce sin la correlativa intimidad con el otro. Sin aislamiento ni autarquía, el acontecer de Dios en el interior de nosotros mismos invita a hacernos personas en relación con otras personas, con el carácter de absoluto que ello implica, dado ese talante no se puede someter a ninguna forma de mediación.

La Espiritualidad Ignaciana en mi vida se halla radicalmente vinculada a la condición y acción afectiva. He aprendido a identificar las mociones del espíritu como movimientos afectivos que requieren discernimiento, sobre la base de la conciencia de nuestra propia experiencia espiritual activa e indagadora del modo como Dios se comunica en la voluntad personal más íntima y profunda, para poder transmitirlo a otros. Es desde ese principio afectivo que estos 'otros' se resignifican y adquieren una dignidad particular, desde la misericordia y la compasión, salen del anonimato y adquieren rostros concretos que interpelan la propia vida. Sólo entonces mi vida se hace objeto de testimonio, y al tiempo asiste como testigo al acontecer de Dios en aquellos prójimos, y con ello establecemos la auténtica comunicación espiritual, capaz de franquear el abismo ante la presencia del Espíritu Santo y la docilidad por parte nuestra para concretar su acción como forma de vida.

En esta perspectiva, la mayor herencia que he reconocido frente a mis búsquedas personales de sentido tiene que ver con la capacidad de identificar los apegos en el horizonte de los afectos, que requieren ser ordenados y comprendidos como obstáculos para producir el vaciamiento de sí y recibir la fuente de vida interior que proporciona el Amor como experiencia de Dios, donada en el espíritu a través de Jesús, el hijo del Padre, que al encarnarse se hace uno con nosotros en la historia de salvación. El misterio de Cristo ha sido puesto en el proceso de asunción y compromiso con la Espiritualidad Ignaciana, vista como partícipe de dicha tradición, como la fuente principal de la espiritualidad laical, clave para mi vida humana en su sencillez y cotidianidad, enseñada por el propio Jesús a sus apóstoles, y comunicada de modo especial por la familia de Nazaret y por las primeras comunidades cristianas bajo el móvil de la fe y el valor transformador que ésta implicó para sus vidas. Como laica, me siento interpelada a hacer conciencia de los propios procesos de conversión que los Ejercicios Espirituales y la experiencia de vida comunitaria -de la que en distintos momentos he participado, comenzando por mi entorno familiar-, han suscitado en mi vida a partir del encuentro con el Señor, que se ha hecho expresable a través de la oración y el seguimiento de las mociones del Espíritu como acontecer excepcional y sagrado de la divinidad, y del complejo proceso de apropiación de mi historia desde una lectura salvífica, en la unicidad de mi relación personal, cercana con Él, pero también desde la posibilidad de hacerla consciente y actuante en comunidad.

Como consecuencia de la encarnación, esta posibilidad de relación directa e inmediata de todo ser humano con Dios, que pone al margen la necesidad de mediaciones entendidas como obligatorias -cosa que citaba de manera particular en mi experiencia religiosa en la infancia-, el acontecer de Dios dignifica nuestras vidas haciéndonos sentir hijos e hijas, y por tanto hermanos en la fe. Quienes elegimos el seguimiento de Cristo en la comunidad eclesial constituimos el Pueblo de Dios, sin distingos de cultura, raza o momento histórico, y la Iglesia se funda en

él a partir de la proclamación de la Buena Noticia que ha sido recibida, y cuya razón de ser es precisamente que sea compartida, es decir, que se haga evangelio, en la palabra y en la vida. En virtud de ello se constituyen los servicios o ministerios en medio de la diversidad de sus miembros, -transformados en carismas-, destinados al fortalecimiento y cultivo de la fe y al estado de vida en misión permanente, y en este sentido también son resignificadas las prácticas sacramentales, de las que se participa activamente y en las que se asume un compromiso siempre renovado con el Señor y con la Iglesia, en fraternidad y corresponsabilidad.

La universalidad de este principio, vinculado a la historia de la Iglesia y a aquellos hitos en los que se consagra por el bautismo a los creyentes, como sacerdotes, profetas y reyes, pero además se configura la conciencia de la identidad laical como partícipe directo de la experiencia de fe, en la competencia y la responsabilidad para ilustrarla a la luz de las Escrituras, el estudio teológico, la comprensión del Magisterio y la Doctrina social de la Iglesia, el envío en misión apostólica, entre otras, concede una reivindicación de la laicidad como una vocación legítima y exigente, pero sobre todo generativa, desde la disposición y creatividad que entraña.

La diversidad en la experiencia de Dios es en cualquier caso digna de respeto y apertura, y esta invitación es hoy parte de la condición dinámica e interpretativa de la Iglesia con respecto a los contextos en que nos hallamos insertos, y a los cuales estamos necesariamente referidos, no sólo en cuanto al nivel de pertinencia y asertividad de nuestras reflexiones éticas -cada vez más dirigidas al carácter de aplicabilidad de principios mínimos y al compromiso pluralista-, sino también desde el punto de vista de nuestras acciones efectivas y oportunas en el ejercicio de lectura de los 'signos de los tiempos' y atención a las

necesidades de los empobrecidos y marginados, y a la íntegra solidaridad con aquel otro que, pese a los diferendos, merece y requiere ser incluido.

Desde allí, reconozco el llamado a procurar unidad en la diferencia, a hacer valer al otro como interlocutor válido, y a enriquecer la comprensión del acontecer de Dios desde la multiplicidad de contextos, de miradas, de situaciones que, como en mi caso se presentan generadoras de sentido. En cuanto a la espiritualidad laical, me siento coincidente con la existencia en clave de fe de todas las personas que, desde sus territorios y condiciones particulares, asumen con valentía el desafío de colaborar con el Reino desde su cotidianidad y sus diversas y acuciantes situaciones problemáticas; con aquellas que han profesado su compromiso consigo mismas ante Dios en el cultivo de la vida interior, como escenario provisto de hondas potencialidades; los que dan de sí, de su propio tiempo, saturado de quehaceres y responsabilidades, no sólo para atender al llamado de Dios en la oración y la contemplación, sino para mantener una comunicación consciente con él también en la acción misericordiosa para con el prójimo; quienes, en humildad, solicitan y aceptan el acompañamiento espiritual en la vida ordinaria, porque reconocen que en todos sus espacios vitales se halla una oportunidad maravillosa para dotar de significado y poner en práctica los valores del Reino, y por ello requieren contrastar y recibir reflejo sobre sus propias intuiciones fundamentales; y finalmente, con la comunidad de los creyentes evidenciada en las distintas historias de las comunidades en que encontramos referencia, y que, como aquella de la cual soy miembro desde hace más de ocho años al interior de la CVX Colombia, nos hacen eucaristía y proyecto encarnado.

Desde mi libertad como cristiana, como mujer de fe, y desde la madurez del camino que el Señor me ha regalado, con todas sus tensiones y motivos para sentirme viva y feliz, sigo aceptando el reto de asumir conscientemente mi propia fragilidad en virtud de la esperanza, y la apuesta por mi propia necesidad de

profesar el discernimiento como actitud permanente de vida, que pido me siga siendo concedida desde la Gracia y el Amor que me ha permitido hacer de ésta, mi espiritualidad laical, una vocación permeada por la interrogación constante sobre los mejores medios para hacer justicia a la misión que sigo reconociendo, y por la convicción de que el mejor de los propósitos al cual puedo servir, en el mundo laical en todas sus tonalidades, es aquel que se traduce en la sólita oración preparatoria, propuesta por San Ignacio: *“que todas mis intenciones, acciones y operaciones, sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de Dios, Nuestro Señor”*.

Finalmente, quiero reconocer en este texto la presencia de Arturo, que con su sabiduría de hombre, sacerdote y amigo ha sabido acompañarme, darme luces y animarme a escribir estas líneas desde mi propia historia y vida; a María C., amiga, comadre y hermana de comunidad que con su testimonio de mujer joven, comprometida e inmensamente enamorada del Dios que la habita me ha enseñado grandes cosas... así como ellos, un puñado de hombres y mujeres, amigos y hermanos, han sido hilos para tejer la colcha de la historia de fe en mis años vida. Dios les guarde!